

El hombre como ser cultural

Francisco Eduardo Plaza*



LU TOLSTOVA / VÍA EL DEBATE

Tanto en el pensamiento de San Juan Pablo II como en el de Jacques Maritain, una comprensión correcta de la persona humana es esencial para resolver la crisis de la cultura moderna y su instanciación en regímenes políticos hostiles a Cristo y a su Iglesia. Para ambos pensadores, la raíz de nuestra actual crisis cultural en Occidente, tal como se encuentra sometida bajo un secularismo agresivo, radica en un error fundamental de concepción sobre la verdadera naturaleza del hombre, entendida bien como puramente material sin sentido de lo trascendente o bien puramente espiritual, de alguna manera independiente de toda realidad material. El “humanismo integral” de Maritain –un término del que se hizo eco San Juan Pablo II– tuvo el propósito de volver a una recta comprensión del hombre a partir de la tradición del pensamiento de Santo Tomás de Aquino como fundamento, y atento a aquellos desarrollos de la filosofía contemporánea que aprecian la subjetividad del hombre como el asiento de su personalidad individual más allá de la materia. Al hacerlo, tanto él como San Juan Pablo II llegaron a describir al hombre como un “ser de cultura”.

...una buena cultura es aquella que eleva al hombre, logrando verdaderamente el propósito de alcanzar el bien real, mientras que una mala cultura hace lo contrario al arrastrar al hombre hacia abajo. De allí su distinción entre la "cultura auténtica" de la "no cultura".

EL SIGNIFICADO DE 'CULTURA'

Comencemos con la definición general de 'cultura' según Maritain:

[...] porque si por cultura o civilización se entiende el bien común, terrestre o temporal, del ser humano, es cierto que la cultura es *el desarrollo de la vida propiamente humana*, que comprende no sólo el desarrollo material necesario y suficiente para permitirnos llevar una vida recta aquí, sino también, y, sobre todo, el desarrollo moral, el desarrollo de actividades especulativas y de actividades prácticas (artísticas y éticas) que merecen ser propiamente llamadas desarrollo humano.¹ (curvas nuestras)

Cuando Maritain incluye en esta definición lo "propiamente humano", busca precisar lo que distingue como específicamente "humana" la vida de una persona. Al hacerlo, Maritain contempla la dimensión subjetiva del ser humano, aunque sin descartar la esencia ontológica de la persona como criatura racional de espíritu y cuerpo. Dado que todo ser humano es racional y, por tanto, libre, cada hombre tiene su propia dimensión subjetiva particular como persona única e irreplicable. Eso constituye, por así decirlo, el "mundo interior" de cada ser humano, que se compone de sus propios pensamientos, experiencias, carácter, etcétera. Cuando Maritain se refiere a cada persona humana como un "universo en sí mismo",² tiene en mente tanto esta dimensión subjetiva como la naturaleza ontológica subyacente del ser humano.

Maritain sigue la comprensión clásica de la persona humana al afirmar que existe un fin último de la existencia humana en armonía con la naturaleza misma del hombre (es decir, como un cumplimiento de su naturaleza). Según Maritain, por tanto, las culturas serán "buenas" o "malas" según se adecúen a esta comprensión de la naturaleza humana. En el mismo sentido, San Juan Pablo II explica que una buena cultura es aquella que eleva al hombre, logrando verdaderamente el propósito de alcanzar el bien real, mientras que una mala cultura hace lo contrario al arrastrar al hombre hacia abajo. De allí su distinción entre la "cultura auténtica" de la "no cultura". Una mala cultura no es una verdadera cultura pues una falsa cultura solo conduce a la "deshumanización del hombre":

La verdadera cultura es la humanización, mientras que la no-cultura y las falsas culturas son deshumanizadoras. Por eso mismo, en la elección de la cultura el hombre compromete



ROGER-VIOLETT / AFP IMAGEFORUM

te su destino. La humanización, es decir, el desarrollo del hombre, se efectúa en todos los campos de la realidad en la que el hombre está situado, y se sitúa: en su espiritualidad y corporeidad, en el universo, en la sociedad humana y divina. [...] la cultura no se refiere únicamente al espíritu o únicamente al cuerpo, y tampoco únicamente a la individualidad, ni a la sociabilidad o universalidad. La reducción ad unum da lugar siempre a culturas deshumanizadoras, en las cuales el hombre es espiritualizado o es materializado, es disociado o es despersonalizado. La cultura debe cultivar al hombre y a cada hombre en la extensión de un humanismo integral y pleno en el cual todo el hombre y todos los hombres son promovidos en la plenitud de cada dimensión humana. La cultura tiene como fin esencial promover el ser del hombre y proporcionarle los bienes necesarios para el desarrollo de su ser individual y social.³

Con la expresión "reducción *ad unum*", San Juan Pablo II se refiere específicamente a la tendencia de reducir la cultura (y la persona humana por extensión) a solo uno de sus elementos (como solo la naturaleza corporal del hombre o solo su naturaleza espiritual). Cabe advertir que el Papa habla aquí de la necesidad de un "humanismo integral", utilizando la



CORTESÍA DE LA CIVILTÀ CATTOLICA

El reconocimiento de los derechos fundamentales de la persona humana, que es parte sustantiva de la identidad de Occidente, y que sirve de guía a sus ordenamientos políticos y jurídicos, son reflejo de una conciencia cristiana subyacente. Incluso la tolerancia viene del impulso cristiano, ya que salvaguarda la libertad de conciencia y permite la libre conversión del corazón en lugar de una imposición de la fe por la fuerza.

terminología de Maritain. Esto, por supuesto, apunta directamente a la filosofía de la cultura de Maritain, ya que este concepto de cultura deshumanizante es vital para la comprensión del problema de la modernidad junto con su propuesta de un humanismo integral como respuesta.

Tanto para Maritain como para San Juan Pablo II, las malas (o falsas) culturas surgen de una reducción de la naturaleza humana solo al espíritu, la materia, el individualismo o el colectivismo. Este reduccionismo equivale a una imagen incompleta del hombre, de modo que lo necesario para una cultura auténtica es un humanismo propiamente "integral", que abarque toda la verdad sobre el hombre. Es por esta razón que Maritain y San Juan Pablo II sostienen que la verdadera cultura es aquella en la que la vida merece ser vivida. En definitiva, interesarse por la cultura es fundamentalmente interesarse por la persona humana:

En el ámbito de la cultura, el hombre es siempre el hecho de primera importancia: "el hombre es el hecho primordial y fundamental de la cultura". Y no solo en el sentido de que el hombre es el creador de la cultura, sino también en que el hombre es un "hecho cultural", el valor más alto de la cultura, su objetivo y propósito. El hombre puede definirse como una "criatura cultural".⁴

CULTURA Y RELIGIÓN

Aclarado lo que hace que una cultura sea buena o mala en abstracto, es necesario considerar ahora cómo evaluar las culturas en la práctica. Como los seres humanos mismos son imperfectos, todas las culturas, en términos prácticos, alcanzan el bien solo de manera incompleta. Una buena cultura no puede con-

fundirse con una perfecta (que solo puede existir realmente en el Reino de los Cielos), pero una cultura imperfectamente buena no es lo mismo que una mala cultura, que en sí misma tampoco es una cultura perfectamente mala. Estas gradaciones reflejan que la vida moral del hombre no es ni perfectamente virtuosa ni viciosa. Pero, así como es posible distinguir entre una "buena" y una "mala" persona, es posible hacer lo mismo con las culturas, aun cuando es preciso aclarar que la distinción es más difícil en el caso de las culturas.

Una manera usual de medir la bondad de una cultura es considerar sus frutos, es decir, los bienes concretos producidos que reflejan los ideales de una determinada cultura: la belleza de su arquitectura, obras de arte, música o literatura, por ejemplo. Sin embargo, incluso esta valoración refleja ya que la cultura apunta a valores más altos (belleza, por ejemplo) que a simples bienes materiales de un valor inmanente.

Como el hombre busca naturalmente su fin último, y como todos los bienes inferiores se orientan a ese fin final, la religión –que atañe al fin último de la persona– se encuentra en la raíz misma de la cultura como la primera causa inspiradora de la acción humana. En definitiva, toda cultura encarna y refleja la cosmovisión religiosa que le sirve de fundamento último. Esto ha de entenderse, sin embargo, a modo de analogía, y no de univocidad. Así, al describir a la civilización occidental, es correcto afirmar que se trata de una civilización cuya cultura ha sido moldeada por el cristianismo sin que ello signifique equiparar a la cultura occidental con el propio cristianismo.

LA CULTURA OCCIDENTAL Y SUS RAÍCES CRISTIANAS

Históricamente hablando, la civilización occidental comenzó con Grecia, Roma y Jerusalén, que se unieron como cristiandad en Europa después de la caída de Roma. Hoy en día, se entiende que la cultura occidental incluye no solo a Europa, sino también a las naciones de América, que nacieron como colonias europeas y heredaron su cultura. Lo que une a todas estas diversas naciones de Occidente es que, a pesar de sus diferencias de idioma, costumbres e historia, todas son culturas cristianas. Afirmar esta realidad hoy en día suscita mucha y hasta agresiva polémica en virtud de la creciente secularización en marcha en las naciones occidentales. Sin embargo, así reniegue de sus raíces, el mundo occidental mantiene en su cultura el influjo de aspectos fundamentales del mensaje cristiano. No es

Tanto para Maritain como para San Juan Pablo II, las malas (o falsas) culturas surgen de una reducción de la naturaleza humana solo al espíritu, la materia, el individualismo o el colectivismo. Este reduccionismo equivale a una imagen incompleta del hombre, de modo que lo necesario para una cultura auténtica es un humanismo propiamente "integral", que abarque toda la verdad sobre el hombre.

correcto afirmar que Occidente abandonó al cristianismo, ni que haya llegado a un punto en el que el cristianismo no pueda ya recuperarse. El reconocimiento de los derechos fundamentales de la persona humana, que es parte sustantiva de la identidad de Occidente, y que sirve de guía a sus ordenamientos políticos y jurídicos, son reflejo de una conciencia cristiana subyacente. Incluso la tolerancia viene del impulso cristiano, ya que salvaguarda la libertad de conciencia y permite la libre conversión del corazón en lugar de una imposición de la fe por la fuerza. Acaso la más evidente presencia del cristianismo en el *ethos* de Occidente es el reconocimiento de la dignidad universal de la persona humana, que encuentra su origen en el hombre creado a imagen y semejanza de Dios, redimido por Cristo y llamado a una vida sobrenatural en la visión beatífica de Dios. Esta afirmación de la dignidad humana contrasta marcadamente con las culturas paganas en las que se consideraba que la dignidad humana no era ni inherente ni universal sino algo que solo correspondía a quienes estaban naturalmente equipados para ello. El hecho de que persista en Occidente una clara conciencia sobre la dignidad de la persona, incluso en un contexto en el que crece exponencialmente el número de personas que no solo no creen en Dios, sino que además mantienen una actitud de rechazo hostil frente a la religión en general, indica que la savia del cristianismo aún nutre la cultura de Occidente. Dado el papel que desempeña la cultura en la configuración de nuestra visión del mundo, es nuestra propia cultura la que hace que tales verdades parezcan evidentes en sí mismas, incluso si teóricamente parecen contradecir los valores predominantes del presente.

No podemos negar que ciertas formas políticas y sociales contemporáneas han distorsionado hasta tal punto los valores de la cultura occidental que cada vez resulta más difícil discernir en ellos su raíz cristiana. Sobre cuestiones de orden moral, especialmente, se proclaman valores hoy que no solo ignoran al cristianismo, sino que son antitéticos a sus preceptos más fundamentales. En la cultura moderna, envuelta como está en una situación dramática de confusión, vemos a naciones sostener principios de raíz cristiana al tiempo que arbitrariamente descartan otros preceptos de igual importancia. En términos prácticos, sostenía Maritain, solo hay dos formas coherentes de avanzar: Occidente debe volver a abrazar su herencia cristiana para crear una sociedad cristiana moderna –una nueva Cristiandad– o abandonarla por completo para comenzar un orden totalmente nuevo. Sería un grave error

que conduciría al fracaso si elegimos abandonar a Cristo, pues solo a través del Evangelio es que la verdad completa del hombre nos ha sido revelada. Mientras más nos alejamos de esta verdad trascendente, más lejanos estaremos del verdadero bien mismo. Esta es la lección que debíamos haber aprendido de los horrores del siglo pasado, y la que ahora debemos tener en cuenta para labrar un futuro mejor.

*Doctor en filosofía de la University of St. Thomas. Su tesis trató la filosofía de Jacques Maritain sobre la cultura. Maestro de Literatura, Historia y Filosofía Católica en la Cathedral High School.

NOTAS:

- 1 Jacques Maritain, *Some Reflections on Culture and Liberty*, 2.
- 2 "La filosofía tomista pone énfasis en la unidad psicosomática básica del ser humano (una sola sustancia compuesta de materia y una "forma" espiritual o entelequia), proporcionándonos así una clave filosófica para una interpretación sólida de los grandes descubrimientos modernos en neurología y psiquiatría. Además, pone énfasis en la noción de personalidad humana. El hombre es una persona que se sostiene en la mano por su inteligencia y su voluntad. Él no existe meramente como un ser físico. Hay en él una existencia más rica y noble: tiene una súper existencia espiritual, a través del conocimiento y el amor. Él es, por lo tanto, de alguna manera, un todo, y no simplemente una parte; Él es un universo en sí mismo, un microcosmos en el que el gran universo puede ser abarcado a través del conocimiento. A través del amor puede entregarse libremente a seres que son para él, por así decirlo, otros yo; Y para esta relación no se puede encontrar equivalente en el mundo físico". MARITAIN, Jacques (1976): *The education of man*. Eds. Donald y Idella Gallagher. Westport: CT: Greenwood. P. 52.
- 3 San Juan Pablo II (1 de julio de 1980): "Encuentro del Santo Padre Juan Pablo II con los Hombres de Cultura" (discurso, sitio web del Vaticano, Río de Janeiro): http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/speeches/1980/july/documents/hf_jp-ii_spe_19800701_cultura-brasile.html.
- 4 NOWACZYK, Mirosław (1983): "John Paul II's Concept of Culture". En: *Dialectics and Humanism* 1. P. 172 [Citando y siguiendo a JP II en L'Osservatore Romano, 2-3 de junio de 1980].